

El sabio Hernández

Síntesis de su obra científica.

Puede resumirse así, la fecunda obra científica de José Gregorio Hernández: Reformó nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época, se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente teóricos. Trajo al país las ciencias que son la base de la Biología y modernizó la Medicina Nacional purificando su ambiente "del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía". Mostró el primer microscopio y enseñó su manejo, sus empleos e importancia para el estudio de las enfermedades propias del trópico. Dió a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula, los tejidos orgánicos, y estudió por primera vez entre nosotros, los procesos embriológicos. Coloreó y cultivó los microbios por vez primera en Venezuela y creó la parte verdaderamente científica de la Etiología de nuestras entidades morbosas. Practicó las primeras vivisecciones y fundó con ellas nuestra Medicina Experimental. Inició la investigación biológica autóctona con sus trabajos en el laboratorio que trajo el año de 1891, "Copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París"; y donde practicó las primeras numeraciones globulares, hizo los primeros estudios hematológicos de la gran endemia nacional: el Paludismo; dosó la úrea urinaria por vez primera en este clima, y al comparar los resultados obtenidos con los que aprendió en libros y adquirió en las escuelas europeas, señaló amplios horizontes a la voluntad y espíritu observador de los futuros sabios venezolanos. Comprobó en Caracas (según lo atestigua el doctor F. Arreaza Calatrava en su tesis doctoral) la presencia del bacillus postis de Kitasato y Yer-

sín, en pacientes atacados de peste bubónica, luego que Rangel señaló la aparición de esta epidemia en La Guaira. Fué el primero que indagó en Venezuela conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones anatómo-patológicas de la fiebre amarilla y estudió la nefritis de esa misma enfermedad. Exploró la histología patológica de la pulmonía. Relacionó los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos-resistentes y aplicó por vez primera en el mundo científico, el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana. Cuando aquí se hablaba muy poco todavía de la bilharziosis y hasta era negada su presencia en nuestro cuadro nosográfico, por los representantes del país en Conferencias Sanitarias internacionales: José Gregorio Hernández escribe un trabajo sobre este flagelo, que fué "el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infección entre nosotros"; y excita a sus discípulos a estudiarlo porque "la bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone". Por insistencia suya, encuentra Benchetrit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la enfermedad, machos y hembras, aislados o en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Después de un estudio minucioso de los huevos hallados en las heces de siete enfermos, deduce Hernández que "el parásito de la bilharziosis de nuestro país, pertenece a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Schistosomum Manzoni* o sea otra muy próxima a ésta que podríamos llamar *americanum*" coincidiendo en esta denominación con la expresada casi al mismo tiempo por Pirajá Da Silva, en el

Brasil. Gran profesor universitario, usó en la enseñanza recursos y métodos antes no empleados, "hasta que la muerte lo sorprendió en plena actividad profesoral". Como biólogo de su siglo, y en frases elocuentes del autor de "Venezuela Heróica"; "enseñó a la juventud estudiosa de su patria, a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida". Abrió la "ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". Con las nuevas técnicas de laboratorio hizo circular el soplo del progreso por los claustros de la vieja casona de San Francisco, y aplicando esas técnicas al examen clínico de sus enfermos, realizó los primeros diagnósticos científicos en nuestro medio. Difusor "de la moderna ciencia médica trajo de Europa un tesoro de experiencia técnica y clínica sólo comparable con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo el campo de nuestra Medicina un radiante foco que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional". Aleccionó en la experimentación a su gran discípulo Rafael Rangel, fundador de la Parasitología Nacional y cuyas preparaciones de tejido nervioso no eran superadas, en opinión de Dominici, por las del propio Ramón y Cajal. Y por último, al decir del doctor V. M. Ovalles erudito y bien documentado historiador científico, José Gregorio Hernández, es el "Fundador de la primera Cátedra de Bacteriológica en América."

Esto en lo que atañe al reformador, profesor, biólogo e investigador científico; pues Hernández fué además, un clínico eximio, muy elogiado por el doctor Manuel A. Fonseca, quien en prolijo estudio, lo considera "como el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea"; también por el doctor Dominici en su hermosa y sentida "Elegía", donde observa: "Los viejos médicos discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiaronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obra exclusiva de su ciencia, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas,

el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela." Y la péñola de Razetti trazó del padre de nuestra Bacteriología, este retrato sugerente: "Fué médico científico al estilo moderno, investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la patria". (1)

Debe en fin considerarse al doctor Hernández, cual uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social Moderna: pues, durante épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, se convirtió en el padre y benefactor de las clases menesterosas; secreta providencia del obrero infeliz y su familia, abandonados por una política enana, y sin atisbos al futuro preñado de ingentes problemas colectivos.

Formó parte de nuestra primera "Comisión de Higiene Pública"; y aunque en su juventud se ejerció con lucimiento en cirugía, practicando quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del pie Zambo; y si al decir de sus más antiguos discípulos, reveló al principio, en los exámenes universitarios, extensos conocimientos teóricos y prácticos de Obstetricia: fué el cultivo de la clínica médica que dedicó ulteriormente sus desvelos, y en el diuturno ejercicio de una munificencia evangélica, logró el halo de apóstol de la caridad, con que su figura ya legendaria, quedó esculpida en el mármol de las tradiciones nacionales. Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano, lo llevó a fundar también entre nosotros, "el cepillo de beneficencia", tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía, como pago de la consulta, no se consideraba humillado, sino creía resarcir con el producto de su trabajo, la sabia labor facultativa.

Entre múltiples manifestaciones del doctor Francisco A. Rísquez merece particular atención la siguiente: "El doctor

(1) (Discurso en el Cementerio).

Hernández, al mismo recibir la borla se impuso a los altos gobernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para iniciar la ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". (1)

Y el doctor Manuel A. Fonseca, escribe: "Cuanto digo lo acreditan los extensos trabajos de Laboratorio a que dió remate; y lo pregonan sus innumerables discípulos, hasta el punto de que no es aventurado expresar que basta para su eminente notoriedad, el título de "Fundador de los Estudios de Fisiología Experimental en Venezuela. (2)

"¿Será, pues, escaso el haber de Hernández?" inquiera el doctor Núñez Ponte. "¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la introducción de la Biología Experimental, purificado el ambiente de nuestra Medicina del dejo de rutinario empirismo que aún la oscurecía, encausándola por caminos muy otros y más variados? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado el impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel, tan acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?"

Al celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de las cátedras clínicas en el Hospital Vargas, escribió justicieramente en la "Gaceta Médica de Caracas", el doctor Eudoro González: "La enseñanza clínica organizada en esta forma venía a complementar la reforma de los estudios médicos ya iniciada en 1891, con la creación e instalación de la Cátedra de Histología Normal, Bacteriología, y Fisiología Experimental por el doctor José Gregorio Hernández, sabio maestro enviado a Francia y Alemania por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, donde adquirió gracias a su preparación científica, honradez y disciplina, todo el caudal de conocimientos que le sirvieron para establecer en Venezuela una obra efectiva y perdurable que será siempre admirada por nuestras generaciones de médicos, bacteriólogos, parasitólogos, clínicos y discípulos de su brillante escuela".

Y, si a todo ello añadimos la obra que como filántropo y clínico eminente, realizó durante años de infatigable esfuerzo, nos daremos cuenta cabal, de lo

(1) Cultura Venezolana N^o 8. Julio—Agosto 1919.

(2) Cultura Venezolana N^o 8.

que José Gregorio Hernández representa en la evolución cultural de la República.

Por lo demás: la vida de este hombre, no ha menester del ditirambo ni de frondosidades retóricas para perpetuarse en la memoria de los pósteros; sino debemos por el contrario al estudiarla —como lo aconseja el Dr. Fonseca— "dominar el espíritu de leyenda y copiar del natural, sin buscar enigmas o rompe-cabezas; pues lo que constituye la excelencia de su personalidad y da pábulo a la general admiración es ver cómo asume los caracteres de un prototipo de bondad, que solicitó por todos los rumbos al campo de la perfección imbuído en el espíritu del sacrificio".

Tal vez resulte pertinente señalar aquí el paratesco de José Gregorio Hernández con un ilustre hombre de letras: el Religioso Miguel Febres Cordero, nativo de Cuenca, en el Ecuador y perteneciente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; el cual realizó dentro de aquella República y en varias casas extranjeras de su Instituto, una misión ejemplar, un gran apostolado de la Enseñanza y se atrajo la reverencia general. Además de pedagogo distinguidísimo, fué literato notable, académico de la Lengua y gloria legítima de la mencionada Congregación. Sus ascendientes eran de origen venezolano y su connotación con la familia de Hernández es la siguiente: José Gregorio Hernández de Yaguas y Mendoza, casó con Doña María de la Cruz de Febres Cordero, bisabuelos paternos del doctor Hernández; y esta Doña María de la Cruz era hermana del abuelo del Religioso que nos ocupa, Don Joaquín, quien se ausentó en los días de la Gran Colombia para el Ecuador junto con su hermano Esteban Febres Cordero, primer Doctor en Derecho Civil que dió la Universidad de Mérida y primer Ministro del general Flores en 1830. Por iguales vínculos era también José Gregorio Hernández, deudo del insigne escritor Don Tulio Febres Cordero.

Aguarda "todavía el doctor Hernández —sugiere la pluma ilustre de Eduardo Carreño— la albura del mármol o la perennidad del bronce, que perpetúen su recuerdo, porque este íntegro venezolano es acreedor a toda suerte de póstumos homenajes".

Ciencia y Caridad fueron en efecto, la sola norma de su labor sin tregua, a través de un largo y doloroso período de la existencia nacional.